



Hielo

por Jordi Armengol Carner

Un homenaje cyberpunk a Philip K. Dick

1

Pequeñas luces azules bailan en el cielo oscuro, oxidado. Nubes naranjas y negras sobre colosos de azabache. Guardianes de aluminio y acero. Dos Draks, deslizadores POL, se desplazan por encima del área portuaria de la Nova Zona Franca, trazando un vector de vuelo que les aleja del centro de la ciudad. El reflejo de ambos vehículos se sumerge en la oscuridad del mar, bajo el vacío horizonte de Barcelona. La metrópolis más densa del Mediterráneo Occidental jamás descansa.

En el subsuelo, bajo once millones de almas, el aire es insistentemente frío y denso. Una suave luz verde ilumina la cara de una mujer. El reflejo intermitente de sus ojos se distorsiona suavemente en una holo-pantalla de fibra plástica ondulada. En la holo-imagen, una joven de origen egipcio yace lascivamente sobre un sarcófago de oro, envuelta por vaporosas neo-sedas de color rojo, mientras sonríe directamente a la cámara. " En el Moratorio de Lázarus Incorporated tenemos un presupuesto a la medida de su bolsillo. Posponga su partida tanto como a usted le apetezca. "

Decidida, la mujer se desplaza entre la multitud inerte hacia el centro de la andana, a través de una miríada de luces de neón. Azules, rojas y verdes. Serpentea entre baldosas de plástico Neo-Plex, extra-brillante e hiper-resistente. Su identidad actual responde al nombre de Carla Kovacs. Una Nocol, una mujer sin formación académica. Una inadapta inservible, una paria sin diploma. Pero detrás de esta imagen se esconde una mente brillante. Una intuición ciber-espacial excelente que le ha permitido ganarse otro tipo de clasificaciones.

Sus principales bazas son dos adquisiciones del mercado negro. Una conexión neuro-cibernética directa a su sistema nervioso se esconde bajo su larga cabellera ondulada, unida a una ampliación cerebral de captura y almacenamiento de datos. Todo lo que necesita para desarrollar su arte. Pirateo de información. Una traficante del ciberespacio. Todo ello con un valor añadido. Más allá de la primera mitad del siglo veintiuno la capacidad de no poseer ningún tipo de rastro en la red es una propiedad tan extraordinariamente apreciada como impresionante. En la Europa Occidental, a los individuos dotados con este extraordinario tesoro, o con este poco común don, se les conoce como "Ceux qui marchent par le bord ",



los que caminan por el filo. Carla Kovacs hace algo más de seis años que corre por el filo.

Es la primera vez en semanas en que Kovacs sale a la calle. Ha escogido una hora poco habitual para su necesario, inesperado e inevitable viaje al centro de la ciudad. Como de costumbre no ha dormido muy bien, al menos en lo que concierne a sueño REM. Le ha sido imposible poder acceder a somníferos. Hace tres días que agotó su ración semanal, proporcionada por la farmacia autónoma de la planta de su apartamento franco.

Ha permanecido allí escondida desde que volvió de su incursión en Praga, esperando un nuevo comunicado de su eterno benefactor. Alguien a quien solamente conoce como Hares. Ha podido oír su voz por grabaciones de audio y ha contactado con él en la red, pero jamás le ha visto en persona. Ni tan siquiera por videófono. Nunca durante seis largos años. La ampliación cerebral que se esconde dentro de su cráneo está cargada con la información que le pidió. Unas bases de programación. El Génesis. Su próximo destino es un apartamento en el centro de la ciudad.

En el otro lado de la andana, un holo-cartel publicitario de una marca de relojes se inspira en un cuadro de Dalí. Relojes de esfera distorsionada sobre una superficie desértica. Un golpe seco de aire acaricia las caras de las decenas de pasajeros que esperaban de pie. Hace apenas unos instantes el reloj de su muñeca marcaba las cuatro-cien, hora estándar de la Tierra. El metro se detiene en la estación con un habitual chirrido electromagnético. Las puertas hidráulicas se abren. Un pequeño torrente humano se pone en movimiento.

Kovacs se deja llevar por la multitud sin apenas alejarse de los pensamientos que absorben la mayor parte de su concentración. Un suave halo empaña los cristales de sus gafas cuando se adentra en el interior del vagón. Aquí el aire es más caliente y cargado. La joven cabecea hacia la derecha para poder alcanzar sus gafas entre la multitud que le rodea y que le impide moverse con facilidad.

Carla Kovacs aparenta una treintena. Etnia caucasiana. Viste con ropa deportiva de segunda mano. Una camisa estampada oscura y pantalones de estilo paracaidista de spandex. Un largo abrigo de textura plástica negra con el cuello alzado. Una gorra militar con el escudo del ejército ruso. Gafas de técnico de montura de aluminio negro. Ojos castaños. Pelo castaño oscuro, ondulado, recogido en una larga cola de caballo que le llega a la mitad de la espalda. Fuma tabaco negro y una aura de superioridad cínica y orgullosa parece envolverla.



Consigue extraer un pequeño pañuelo de papel blanco ya usado del bolsillo de su abrigo, con el que limpia concienzudamente el halo de los cristales. Al volver a ponerse las gafas cabecea ligeramente hacia la izquierda y enfoca su mirada hacia el fondo del vagón. Allí cruza la mirada con un hombre de anciana edad que parece reconocerla. El anciano viste un impecable traje corporativo de color gris. Durante unos instantes sus miradas se unen en un abrazo insistente. Sus ojos son de un azul intenso, brillante. Su mirada es pertinaz, penetrante. Kovacs termina por cerrar los ojos y apretar los párpados con fuerza cuando una extraña sensación de déjà vu atraviesa su mente con un luminoso flash. La joven desvía su mirada y se fija en el canal de luces amarillentas intermitentes que proviene de las paredes del túnel. Al cabo de unos instantes vuelve a mirar al anciano. Sus ojos continúan fijados en ella. Su tez oscura delata un origen oriental, quizá Shij. Su pelo es completamente blanco, liso y largo, atado en una cola por encima de sus hombros. Kovacs casi puede sentir esos ojos adentrándose en su mente.

Un pequeño esbozo de sonrisa escapa de sus labios, bajo un extraño bigote blanco de estilo victoriano. La mira como si la conociese desde hace tiempo. Aunque no consigue recordar dónde ha visto antes esa cara, aquel anciano le resulta extrañamente familiar. La voz de una mujer resuena en los altavoces del vagón. " Propera parada, Arc de Triomf "

Incomodada ante la tediosa situación la joven gira su cuerpo de la mejor forma que puede entre el gentío mientras se desplaza hacia la puerta más próxima, dispuesta a apearse del vagón en la próxima parada. Hares le ha confiado una información demasiado valiosa como para tomarse una situación como ésta a la ligera. La lleva escondida en su ampliación cerebral. Ha oído hablar sobre psis, anti-psis y precogs y sobre lo que pueden llegar a hacer, aunque hasta el momento no se había topado nunca con ninguno. Quizá pueda acceder a lo que lleva escondido en su cabeza. Al Génesis. Quizá no. No va a arriesgarse. Gotas de frío sudor recorren su espalda y ni tan siquiera el pesado acero en el bolsillo de su abrigo consigue tranquilizarla.

Cuando el motor hidráulico se detiene y las puertas se abren, la joven avanza hacia el exterior del vagón al mismo tiempo que cabecea hacia el anciano Shij, que sigue mirándola fijamente entre la multitud sin moverse desde su rincón del vagón. La última imagen que Kovacs alcanza a ver antes de atravesar las puertas es la de sus curvilíneos labios sonrientes.

Al cerrarse las compuertas, el tren se pone en marcha con un familiar chirrido electromagnético y una leve corriente de aire voltea por el aire basura hasta ahora estancada en el suelo de la estación, mientras la joven se detiene y se gira en dirección a las vías. Carla Kovacs se mantiene de



pie, mirando a lado y lado de la andana, asegurándose de que el anciano del bigote blanco no ha salido del vagón, mientras el resto de los pasajeros se alejan hacia las salidas. Se ajusta las gafas resoplando levemente, para luego cabecear hacia su izquierda, hacia la dirección en que ha desaparecido el metro. En pocos instantes el barullo de los pasajeros desaparece en el vacío.

El eco de las pisadas se diluye gradualmente hasta perderse en la oscuridad del túnel, como una columna de humo azotada por un vendaval. Sólo la estática de las luces de la andana parece llenar el vacío en el que se ha convertido la estación. La joven siente los pelos de la nuca erizarse lentamente. Su conexión neuronal le produce una ligera picazón. Está completamente sola y el aliento que escapa de su boca delata la incrementada intensidad del frío subterráneo. Entonces empieza a sentir la ligera vibración. Un pequeño temblor suave, casi imperceptible. No está segura de si acaba de empezar o de si no la había percibido hasta este momento.

Una lata de refresco empieza a desplazarse ligeramente por el suelo, dando pequeños saltos vacilantes, casi como cobrando vida propia. Una ligera capa de basura y polvo tiembla, moviéndose por encima de la superficie de plástico Neo-Plex. Parece como un suave oleaje de color gris, una marea de grandes dimensiones ejerciendo un pequeño vaivén a pocos milímetros del suelo. Kovacs recuerda haber tenido principios de alucinación, quizá a causa de las drogas, o quizá a causa del propio insomnio. Pero jamás había llegado a ver nada parecido a esto. Cuando empieza a convencerse de que no puede estar pasando, el sonido de la estática empieza a titubear y la tensión de las luces subterráneas desciende hasta casi la mitad, acompañada de breves interrupciones. La lata deja de moverse repentinamente. El polvo cae inerte sobre el suelo. La estática se detiene. La oscuridad rodea a Carla Kovacs.

Una ligera descarga eléctrica basta para que la llama se encienda con un deslumbrante fogonazo. Kovacs mantiene el brazo alzado alejando el mechero de su cara e intenta acostumbrar sus ojos a la pequeña fuente de luz. La oscuridad no le permite ver más allá de un par de metros de la llama. La joven observa el suelo de Neo-Plex y se desplaza en dirección contraria a la vía del metro, intentando encontrar una pared. Sus ojos no se despegan del suelo. Al cruzar la andana, atraviesa un graffiti pintado que parece decir en japonés " ¿ Dónde es aquí ? ". Las lenguas orientales nunca han sido su fuerte. En pocos instantes, la estática vuelve a iniciarse y las luces empiezan a encenderse lenta y progresivamente.



Las sombras de la estación se desvanecen mientras Kovacs apaga su recalentado encendedor y se lleva la mano izquierda al bolsillo para extraer un paquete de cigarrillos. Con el cilindro de papel entre los labios, la joven enciende una vez más la llama mientras aspira decididamente. El humo del tabaco circula por su garganta. Una leve columna de humo escapa de sus fosas nasales mientras intenta guardar el encendedor en el bolsillo. La superficie metálica cromada cae sobre el suelo de Neo-Plex. Las pupilas de la joven se dilatan al percatarse de la presencia de un hombre de pie en la andana. Un anciano enclenque. De mediana estatura. Vestido con un impecable traje corporativo de color gris. Sus ojos son de un azul intenso, brillante. Su mirada es insistente, penetrante. La tez oscura delata un origen oriental, quizá Shij. Un pequeño esbozo de sonrisa escapa de sus labios, bajo un extraño bigote blanco de estilo victoriano. Su pelo, al igual que el bigote, es completamente blanco, liso y largo, atado en una cola por encima de sus hombros. La mira como si la conociese desde hace tiempo. Kovacs le reconoce perfectamente. No podría olvidar jamás a este hombre. El mismo individuo al que acaba de dejar atrás, en el interior del vagón de metro.

Kovacs termina por cerrar los ojos y apretar los párpados con fuerza cuando una extraña sensación de déjà vu atraviesa su mente con un luminoso flash. Sin ni siquiera percatarse, con un movimiento completamente rápido e instintivo, el revólver aparece en las manos de la joven y se halla apuntando con su cañón al anciano del traje corporativo, que ni siquiera se inmuta y sigue mirándola fijamente a los ojos sin dejar de sonreír. El revólver no deja de temblar en su mano. Su mango está húmedo. Los labios del Shij empiezan a moverse, sin dejar de mostrar su perfecta e inmaculada dentadura, articulando una corta y concisa frase con un perfecto acento inglés. " Carla Kovacs, ¿verdad? "

El temblor desaparece al instante y a pesar de su tacto húmedo, la mano de Kovacs consigue agarrar el mango con fuerza y decisión. El dedo índice aprieta con fuerza y el percutor del revólver se activa escupiendo fuego y metal en medio de un trueno ensordecedor.

2

La multitud arrastra a Carla Kovacs sin que ésta pueda resistirse. Las lentes de sus gafas se empañan con el aire caliente y cargado del interior del vagón mientras cabecea hacia su mano derecha, para darse cuenta de que no está sujetando el revólver. Kovacs cabecea hacia la derecha para poder alcanzar sus gafas entre la multitud que le rodea y le impide moverse con facilidad, mientras su otra mano palpa el bulto del metal en el bolsillo de su abrigo. La joven fija su mirada en el fondo del vagón. Frías gotas de sudor



recorren su espalda. Allí, a la derecha, entre la multitud, el Shij la mira fijamente sin dejar de sonreír.

Vuelve a ponerse las gafas todavía empañadas. Sus ojos se encuentran con los del anciano. Sus labios vuelven a moverse articulando una nueva frase, sin que esta vez pueda oír sus palabras, aunque la joven puede leer perfectamente lo que está diciendo: " ¿Dónde es aquí? "

El corazón de Kovacs se acelera. Bombea con fuerza la sangre camino de su cerebro. Durante unos instantes, cabecea hacia la ventana y se fija en el canal de luces amarillentas intermitentes que proviene de las paredes del túnel. No va a dejar que ningún psi Shij se apodere del Génesis. La joven gira su cuerpo de la mejor forma que puede mientras se desplaza a empujones entre el gentío. Los ojos le escuecen a causa del sudor que desciende de su frente. Casi tiene la sensación de oír la voz del anciano en su mente. La joven agarra con fuerza el revólver en el bolsillo de su abrigo. Lo extrae alargando el brazo con decisión mientras amenaza con él a la gente que se encuentra entre ella y el fondo del vagón. La voz de una mujer resuena en los altavoces. " Propera parada, Arc de Triomf "

Cuando la joven llega al final del vagón, se apoya con el hombro izquierdo contra la pared, mirando por la ventanilla al interior del otro compartimiento, mientras mantiene el revólver alzado. Puede ver a la gente del vagón contiguo totalmente absorta en su monotonía y completamente ajena a su presencia. En el reflejo del cristal, los pasajeros de su mismo vagón, apelotonándose, intentan alejarse de su arma. Kovacs se da la vuelta mirando por encima de la multitud intentando localizar al Shij. Le es imposible ver a través del gentío, una multitud apretujada de ojos petrificados que permanece alejada de ella, en silencio, sin dejar de observarla.

Decidida, abre la manilla de la puerta y accede al exterior del vagón. El aire golpea su cara con fuerza, mucho más frío e insistente. Cuando se decide a acceder al techo del vagón, un ligero desvío en su mirada, una ligera y angustiosa sensación le previene.

En el vagón contiguo, el anciano Shij la observa desde la multitud, mirándola fijamente mientras sonríe. Kovacs aprieta los dientes y agarra el revólver con fuerza. Apoya el acero contra el cristal. Aguanta la respiración y aprieta el gatillo. El trueno suena una vez. Luego otra. Y luego dos más. Una nube de miles de diminutos cristales acompañan al fuego y al metal, que en su viaje atraviesan el cuerpo de un joven y una mujer. Dos de los proyectiles alcanzan al psi en el pecho.



El anciano cae de espaldas desplazado por la fuerza de la colisión. La sangre caliente, salpicada, impregna las ropas y la piel de otros pasajeros. Sus ojos se abren de par en par, mientras su mano derecha se alza intentando agarrarse a algún cuerpo que detenga su caída. La cara del anciano desaparece entre la multitud sobresaltada.

El metro llega a la estación y se detienen con el característico ruido del freno electromagnético. Las puertas se abren. La multitud abandona el vagón en masa, empujando a los viajeros que esperan en la andana. Kovacs accede al vagón y alza el revolver en dirección al Shij que yace echado en el suelo, en medio de un charco de sangre. A pocos centímetros de él se hallan la mujer y el joven heridos, lamentándose y gimiendo por el dolor, intentando arrastrarse por el suelo encharcado para alejarse de él.

Su brazo no tiembla esta vez, mientras apunta a la cabeza del anciano y los cristales de sus gafas se emblanquecen ligeramente. El corazón del Shij todavía late, mientras va perdiendo una vida que se extiende sobre el suelo de Neo-Plex. Su respiración es entrecortada, y sus ojos siguen abiertos de par en par sin dejar de mirarle fijamente a los ojos. La mirada pretenciosa ha desaparecido. Sus ojos desprenden ahora un grito de súplica desesperada. De clemencia. El Shij no quiere morir. Una pequeña sonrisa nerviosa se escapa de los labios de Kovacs. Después se curvan hacia abajo, y sus párpados se cierran ligeramente. Un ligero golpe de retroceso y el metal y el fuego atraviesan el parietal del anciano esparciendo sangre y vísceras por el suelo, salpicando de luz las córneas de la joven.

Un hombre entra en el vagón. Justo antes del trueno. El resplandor de la llama ilumina su semblante. Kovacs apunta hacia él al darse cuenta de su presencia. El cuerpo del Shij todavía tiembla en el suelo. En la mano enguantada del hombre, un revólver apunta a la joven. En su pecho, encima del kevlar gris oscuro, un pedazo de metal refleja las luces del techo. Puede oír inconfundibles sonidos a su alrededor, secos, metálicos. Fuera del vagón, la andana ya no se encuentra vacía. Tres POLS apuntan a la joven Kovacs con sus armas cargadas y a punto para disparar.

El POL del interior del vagón intenta tranquilizar a Carla Kovacs, intenta convencerla de que suelte el arma. Los otros POLS se aproximan a las puertas del vagón. Kovacs cierra los ojos. Sus labios maldicen en silencio. Sabe que está atrapada. Si los POLS la capturan, tendrán una hermosa sorpresa de regalo. No podrá llegar hasta su contacto. No podrá cumplir su misión. Ningún otro agente de Hares podrá hacerlo. Todo está en su cabeza. Está acabada. Fuera de juego.



Sin que ningún POL pueda hacer nada para impedirlo, Carla Kovacs se lleva el metal a la boca. Aprieta los párpados con fuerza. El sudor se convierte en hielo. El cañón le impide tragar saliva. El trueno estalla en su cabeza.

3

La multitud arrastra a Carla Kovacs sin que ésta pueda resistirse. Las lentes de sus gafas se empañan con el aire caliente y cargado del interior del vagón mientras cabecea hacia su mano derecha, para darse cuenta de que no está sujetando el revólver. La joven cabecea hacia la derecha para poder alcanzar sus gafas entre la multitud que le rodea y le impide moverse con facilidad, mientras su otra mano palpa el bulto del metal en el bolsillo de su abrigo.

Gotas de sudor recorren su espalda. Un sudor particularmente húmedo y frío. Kovacs se lleva la mano a la frente. Su cara está intacta y su piel parece hervir. Las náuseas se apoderan de su estómago. En el fondo del vagón, a la derecha, entre la multitud, el anciano del traje gris la mira sin dejar de sonreír.

Vuelve a ponerse las gafas todavía empañadas, y le mira fijamente. Sus labios vuelven a moverse articulando una nueva frase, sin que Kovacs pueda oírle, aunque la joven puede leer perfectamente en sus labios lo que le está diciendo el anciano: " ¿Todavía no lo sabe? "

Una risa nerviosa se escapa de los labios de la joven, mientras aprieta los dientes con fuerza y su expresión se vuelve más oscura. Kovacs avanza entre la multitud, con ambas manos en los bolsillos del abrigo. Se acerca al Shij mientras éste no deja de observarle sonriente.

Delante de él, Kovacs se detiene y alza la mirada hasta que los ojos de ambos se encuentran. Un pequeño salto en la vía obliga a la joven a agarrarse de la barra vertical para no desequilibrarse. El anciano, sin inmutarse por el pequeño bache y todavía sonriente, se lleva la mano derecha al interior de su traje y extrae un pequeño videófono de su bolsillo. Se lo entrega a Kovacs ante su mirada sorprendida. Cuando la joven lo sujeta entre sus manos, el videófono empieza a sonar. El Shij la mira divertido mientras asiente con la cabeza.

" Responda, Kovacs, es para usted. "

El pequeño aparato se abre por la mitad y Kovacs observa con inquietud la pantalla del videófono. La pantalla se enciende con un suave color gris y por unos instantes parece sintonizar un canal muerto. Luego negro total. Una



luz cenital parece encenderse y puede ver una silueta. Una cabeza completamente rasurada, cubierta totalmente por lo que parecen ser extraños y pequeños tatuajes. El hombre habla. Su voz es grave y sonora, pausada. Una voz que le es completamente conocida. La ha oído miles de veces. El acento, la entonación y la forma de expresarse son inconfundibles. "Carla, sabes quién soy. No hay otra forma. El único medio para comunicarte contigo. Tiempo extremadamente valioso."

"Hares" responde Kovacs sorprendida. Pero que su benefactor se halle al otro lado del videófono no es tan extraño como el hecho de poder verle, aunque sólo sea la silueta de su tatuada cabeza envuelta por sombras. A Kovacs jamás le había sido posible ver a Hares hasta este mismo momento.

"Debes confiar en mí. Va a ser difícil. Tú no estás aquí. El lugar es otro. Distinto emplazamiento. No te hallas en vagón de metro. No verdadero." Las pupilas de Kovacs se contraen detrás de las gafas de fibra negra. "Eso es imposible. ¿De qué me estás hablando?"

"Tu localización no es suburbano. Ni tan siquiera bajo tierra. Sé que puedes creerme. Debes recordar. No verdadero. No aquí." Kovacs frunce el ceño. Cabecea hacia el sonriente Shij durante unos instantes. El sudor desciende por su frente como ríos de hielo. De repente, el silencio parece haberse apoderado de los viajeros del vagón. Ningún murmullo. Ninguna voz. Nadie tose. Nadie se queja. La voz de una mujer resuena en los altavoces del vagón. "Propera parada, Arc de Triomf"

Los ojos castaños de Kovacs relampaguean mientras vuelve a observar la pequeña pantalla del videófono. La pregunta del anciano. El graffiti pintado en el suelo de la estación de Arc de Triomf acude a su cabeza. "¿Dónde es aquí?" Hares le responde en seguida a su pregunta. "Atrapada en propia mente. Esfuerzo. Camino único. Tiempo extremadamente valioso. Recuerda Carla, recuerda."

Kovacs aprieta los dientes. Cierra los párpados con fuerza. Su corazón se acelera. Puede sentir la sangre bombeando por la carótida con fuerza. Una extraña sensación de déjà vu atraviesa su mente con un luminoso flash. Recuerdos acuden a su mente de forma difusa. Una estación de metro. Está subiendo unas escaleras. Cabecea hacia atrás. El anciano sale del vagón de metro sin dejar de mirarla. Kovacs empieza a correr. Se abre camino a empujones. El Shij corre detrás. El revólver se halla en su mano. Se gira y apunta a su cabeza. Luego todo se vuelve negro. Kovacs vuelve a abrir los ojos. Eso eran recuerdos. La cabeza le da vueltas.



El metro llega a la estación y se detienen con el característico ruido del freno electromagnético. Las puertas se abren. Los pasajeros empiezan a abandonar el vagón. “ ¡ Sal del vagón. Carla !, ¡ Deprisa ! ” Kovacs obedece a Hares casi sin percatarse. Todavía atontada, sale fuera del vagón sin llegar a plantearse desobedecer la orden. Detrás suyo, las puertas se cierran con su característico sonido hidráulico. La joven cabecea hacia las ventanas del vagón que se aleja. El Shij la sigue observando desde el interior, hasta que ya resulta imposible verle. Kovacs levanta el brazo y situa el videófono delante de su cara. “ El anciano se ha quedado en el vagón.”

“El hombre que te ha entregado videófono no era anciano real. Solo imagen de tu mente. Archivo, memoria de tus recuerdos. No verdadero. Tu encontraste anciano verdadero. No era éste. Lo he utilizado como canal para comunicarme. En tu mente estaba muy nítido, muy vivo.” La cara de Kovacs se oscurece. No esta segura de entender lo que esta ocurriendo, pero tiene una extraña necesidad de creer en lo que Hares le está diciendo. Levanta la vista del aparato y ve como los pasajeros abandonan la andana. “¿Qué quieres que haga ahora? ”

“ Espera. Deja que gente abandone estación. ”, le responde Hares. Kovacs se ajusta las gafas para luego cabecear hacia su izquierda, hacia la dirección en que ha desaparecido el metro. En pocos instantes el barullo de los pasajeros se detiene. El eco de las pisadas desaparece gradualmente hasta perderse en la oscuridad del túnel, como una columna de gas azotada por un vendaval. Sólo la estática de las luces de la andana parece llenar el vacío en el que se ha convertido la estación. La joven siente los pelos de la nuca erizarse lentamente. Está sola y el aliento que escapa de su boca delata la incrementada intensidad del frío subterráneo. Kovacs vuelve a mirar a la pantalla. “ Sal de andana. Sube escaleras. Rápido ”

Con el videófono en la mano, Carla Kovacs cabecea hacia las escaleras. La estación se halla completamente vacía. La joven cruza la andana hasta llegar hasta el primer escalón. Mira hacia arriba. Las escaleras están vacías. La pendiente asciende unos metros hasta perderse en la completa oscuridad. No parece haber escalones más allá de la penumbra. Kovacs cabecea hacia la pantalla. “¿A dónde llevan las escaleras? ” Hares tarda algunos instantes en responder. “No te he traído aquí para contártelo. Experimenta. Comprende. Sube escaleras. ”

Kovacs aparta el videófono y cabecea hacia las escaleras. No dice nada. Su mirada se ensombrece mientras observa el vacío infinito en el que se pierden los escalones a pocos metros de donde ella se halla. Una suave



ráfaga de aire frío hace bailar la tela de su abrigo mientras Kovacs traga saliva.

Decidida, pero sin darse demasiada prisa, la joven pone el pié derecho sobre el primer escalón. Sigue subiendo lentamente, un pié tras otro, hasta llegar a la mitad de las escaleras iluminadas. El frío. Cada vez más intenso. La pequeña corriente de aire se va convirtiendo en algo más potente. Proviene de arriba, del vacío donde desaparecen la pared y los escalones. Kovacs sigue subiendo, y la corriente de aire se hace cada vez más intensa. Se detiene a un brazo de distancia de la oscuridad. El frío aquí es mucho más intenso. Su aliento es como una serpiente blanca inquieta, asustada, que le acaricia la cara para después desvanecerse.

Kovacs duda durante unos instantes. Piensa en lo que le ha dicho Hares. Recuerda. Experimenta. Comprende. La joven avanza un nuevo escalón y alza la mano izquierda en dirección a la oscuridad. El frío es intenso. Casi puede sentir cómo su mano se hiela. Entonces encuentra algo que la detiene. Algo que parece una barrera. Un muro. Sorprendida, Kovacs retrocede un escalón. Su mano parece muerta. La joven se acerca el videófono y cabecea hacia la pantalla. " Hares, ¿qué se supone que es todo esto? ¿Qué es esta maldita pesadilla? "

"No pesadilla. Tus recuerdos, Carla. No hay estación más allá de las sombras. No existe nada" , le responde Hares." No hay estación porque estás en recuerdos. Encerrada en memoria. No es estación real. Es la estación que tú recuerdas. Nunca has subido estas escaleras. Sólo las has visto desde interior vagón. No puede existir en tu mente más allá de escaleras porque no has visto lo que hay." Kovacs cabecea hacia la oscuridad. Esto no puede estar sucediendo. Tiene que ser una pesadilla. " De acuerdo. No puede existir el final de las escaleras porque yo nunca las he subido antes. Y estos son mis recuerdos. De acuerdo. Pero, ¿por qué estoy aquí? ¿Qué significa todo esto?"

Una cínica y sutil risa escapa de los labios de un Hares que parece satisfecho. " Sólo recuerda Kovacs. Ahora puedes hacerlo. Entra en oscuridad. Esfuerzo. Atraviesa límites de memoria. Atraviesa barrera. Recuerda. "

Sorprendida por la actitud de Hares, la joven no está muy segura de qué hacer. Simplemente se acerca a la invisible barrera negra. Le parece lo más adecuado. Vuelve a apoyar la palma de su mano en ella y empuja el muro. Cada vez con más fuerza. Y empieza a oír los murmullos. Como susurros en el aire. Primero algo que parecen unas voces. Voces que luego se mezclan



con ruidos. Ruidos que se convierten en sonidos claros y nítidos. Kovacs sigue apretando la pared. “¡ Concéntrate ! ¡ Recuerda, recuerda ! ”

Los sonidos y las voces detonan destellos en su mente. Los destellos se convierten en imágenes sin sentido. Las imágenes empiezan a convertirse en fragmentos en movimiento. Se unen a las voces y los sonidos. Y luego la oscuridad. Silencio absoluto. La nada. Kovacs tiene frío. Un frío total. Absoluto. Un frío que no le permite sentir su cuerpo. No puede moverse. La oscuridad la rodea y no puede ni tan siquiera mover sus ojos. No siente ni los párpados. No sabe si sus ojos están abiertos o cerrados. Le parece estar respirando pero no está segura. Le parece estar viva pero no está segura. Un escalofrío repentino, rápido y fulminante. Una extraña energía recorre su cuerpo mientras que, como pequeños fogonazos, recuerdos acuden a su mente de forma difusa.

Una estación de metro. Carla Kovacs sale corriendo del vagón del tren, empujando a la multitud que se cruza en su camino. El metal pesa en su mano mientras golpea y empuja con él hasta llegar a las escaleras de la estación. Cabecea hacia atrás. El Shij sale del vagón de metro y corre entre la multitud sin dejar de mirarla. Sus ojos no se despegan de los de la joven. La multitud simplemente parece fluir a su alrededor, al igual que el agua del río acaricia una roca en su camino.

Kovacs asciende las escaleras tan rápidamente como la multitud se lo permite. Le falta el aliento. El sudor empapa su cara. Aprieta los dientes con fuerza. Arriba la gente grita. Corre. Se apartan de las escaleras. Un grupo de POLS llega corriendo desde la parte superior de la estación. Buscan la cabeza de la joven. Kovacs les da la espalda mirando hacia atrás. Encuentra los ojos del Shij. Sonríe. La joven alza el brazo y apunta directamente a su cabeza. El anciano la mira fijamente. Sus ojos. Azules. Pertinaces. Sus córneas penetran su mente. Como una estaca de acero atravesando y astillando la madera. Un solo golpe. Implacable. Los ojos del anciano están dentro de su cabeza. Sus músculos parecen congelarse. Sus huesos se convierten en piedra. No puede moverse. Carla Kovacs grita con todas sus fuerzas. Luego todo se vuelve negro.

4

Un visiblemente alterado Doctor Raúl Freixas desciende a toda velocidad por las immaculadas escaleras de la planta cincuenta y siete. Los pasillos blancos del edificio están parcialmente sumidos en la penumbra durante el horario nocturno. Toda la energía del centro se canaliza prioritariamente hacia el Domo. Mientras termina de ponerse su bata blanca de facultativo, se detiene unos instantes delante de un espejo del pasillo para ajustarse



bien el nudo de la corbata y vuelve a acelerar su paso en dirección a la sala de control. En quince años de servicio a esta empresa, solamente una vez, hace alrededor de ocho años, oyó sonar la alarma del Domo, la bóveda donde los semivivos son mantenidos en perpetua hielo-vaina.

Aquella vez había sido un fallo técnico del sistema de seguridad. Por fortuna no supuso ningún problema. No hacía ni dos semanas que los técnicos habían instalado el nuevo sistema y una de las conexiones del cableado profofasónico que mantenían el interior de cada uno de las hielo-vainas a ciento cincuenta grados bajo cero había fallado, afortunadamente sin perjudicar a ninguno de los clientes. Una pequeña avería de ese tipo estaba previsto por el propio contrato y todo entraba en la garantía del seguro.

Pero esta vez, por imposible que parezca, aquella alarma parece estar sonando por un problema real. "Tiene que tratarse de un sabotaje de la competencia" se dice Freixas a sí mismo. " El sistema de seguridad tiene una garantía de veinte años." Su principal preocupación no es el fallo técnico en sí. Lo que realmente preocupa a Freixas es cuantos semivivos pueden haber salido de su estado de letargia y cuánto puede haberse acelerado su camino hacia la otra vida. Cada segundo de cada hielo-vaina desconectada sin autorización de los familiares del cliente puede costar una pequeña fortuna a su empresa. Un hecho que supone una violación directa del contrato que la empresa ofrece a sus clientes, donde se estipula con total fidelidad el tiempo de semivida del que van a disfrutar sus clientes.

" Tiene que ser la nueva. Le advertí a Suárez que el número 3054039-B nos traería problemas." piensa el técnico, aunque es muy consciente de que poco se puede hacer contra una orden judicial del cuerpo POL, excepto aceptar al individuo e intentar realizar más tarde las apelaciones pertinentes. Pero antes de que Freixas pueda seguir dilatando su mente con la angustia que le supone el sonido de la alarma de seguridad, la parte superior de un errático cenicero metálico de pié, con adornos de mármol blanco, golpea con fuerza el pómulo derecho de su cara, haciendo que la montura de cromo marrón clásico de sus gafas se parta y que sus lentes salgan volando por el pasillo, en dirección a la puerta de la sala de control.

El cuerpo inconsciente del doctor Raúl Freixas choca sobre el immaculado suelo de plástico blanco Neo-Plex, permitiendo solamente que el zumbido de la alarma de seguridad vuelva a reinar en el pasillo de acceso a la sala de control de la planta diecisiete del Moratorio de Lázarus Incorporated.

Con el cuerpo totalmente desnudo y algunos cables de diálisis todavía colgando de su cuerpo, una todavía desconcertada Carla Kovacs deja caer el cenicero de pié de su mano derecha. La joven parpadea con fuerza e intenta



fijar la vista en el lado del pasillo de donde provenía el facultativo. Siente el caliente sudor resbalar por su piel todavía helada. Sus dientes repiquetean y una ligera jaqueca martillea su cabeza. Su cuerpo está todavía empapado, la sensación de náuseas es constante y todavía le resulta difícil enfocar la mirada a media distancia. Su mente parece un laberinto de parque de atracciones que no para de dar vueltas en todas direcciones.

Kovacs se acerca al cuerpo del técnico mediante pasos erráticos y temblorosos. Consigue extraer la bata blanca de su cuerpo para luego cubrirse con ella. Busca sin éxito en los bolsillos del cuerpo inerte. Mataría por un cigarrillo. Se sienta unos instantes contra la pared, abrochándose los botones. Una densa gota roja cae y salpica la tela de sinte-algodón. La joven se lleva la mano a la nariz y observa unos instantes el líquido rojo de las yemas de sus dedos.

Kovacs se levanta del suelo con dificultad y cabecea hacia el fondo del pasillo. La alarma sigue sonando y se apresura a llegar a la puerta del fondo. Con la vista todavía nublada, la joven se apoya en la puerta durante unos instantes. Puede ver con claridad que para poder abrirla necesita una tarjeta que introducir en la ranura de la derecha. Aunque también hay otras opciones.

" Vamos Hares, maldita sea. " murmura la joven entre dientes. Puede oír el ruido acelerado de pasos. Ecos que se distribuyen por los pasillos del nivel. Durante los instantes siguientes la puerta continua inalterable. Carla Kovacs se apoya con los dos brazos en la pared. La sensación de náuseas es demasiado intensa. No puede evitar vomitar contra la puerta. Sus rodillas se doblan ligeramente por el esfuerzo. Los pasos suenan cada vez más intensos y nítidos.

Al final del pasillo, dos miembros de seguridad del edificio, con uniformes verdosos avistan a Kovacs. Uno de ellos le grita con autoridad. La joven, abatida, cabecea hacia el suelo, apoyada contra la pared. " Esto no es lo que me prometiste. " Los dos hombres empiezan a correr hacia la joven. Un ligero pitido y luego un zumbido. Un golpe seco. El seguro electromagnético de la puerta queda desconectado. Un atisbo de alegría parece asomarse en la pesada mirada de la joven. Kovacs se apoya en la puerta para abrirla mientras su jaqueca empieza a hacerse más intensa. Siente con más fuerza los acelerados latidos del corazón en su cabeza. Se tambalea unos instantes. La puerta se cierra tras ella. Los guardias de seguridad golpean la puerta después de comprobar que no pueden abrirla con sus tarjetas de seguridad.



La joven avanza por el pasillo de paredes blancas, que adquieren un pálido color amarillento debido al ahorro de energía nocturna. Al doblar la siguiente esquina, un cañón de luz azulada que entra por los ventanales detiene a una tambaleante Kovacs, que no puede hacer más que dejarse caer al suelo, con la espalda apoyada en la pared, para evitar que el foco del deslizador POL pueda alcanzarla.

Aunque puedan parecerle horas, hace tan solo unos minutos, Carla Kovacs estaba sumida en la total oscuridad. En el silencio absoluto. La nada. Kovacs tenía frío. Un frío total. Un frío que no la permitía sentir su cuerpo. No la permitía moverse. La oscuridad la rodeaba y no podía ni tan siquiera mover sus ojos.

Recuerda muy bien la sensación de no poder sentir los párpados. La sensación de no poder discernir si estaban abiertos o cerrados. Si lo que veía era el interior del párpado cerrado o realmente era lo que tenía delante de ella. Dudar de si estás respirando en realidad. Dudar de si estás viva en realidad. Un escalofrío repentino, rápido y fulminante. Una extraña energía recorriendo su cuerpo.

Sólo podía oír la voz de Hares. Una voz casi omnipresente. Un eco que parecía venir de todas las direcciones y de ninguna a la vez, que parecía originarse en el rincón más profundo de su propia cabeza y a la vez en el más lejano. Una cabeza que empieza a darle vueltas de forma contundente. Sus recuerdos son como un torbellino de imágenes y sonidos. Kovacs cierra los párpados con fuerza e intenta concentrarse. " Estás atrapada en propio cuerpo " le decía Hares. " Capturada por POLS tras abatir a psi. Saben qué escondes. Quieren Génesis. Atrapada en tu propia mente. Estado inducido de regresión. Manipular físicamente unidad de ampliación cerebral en tu estado podría matarte."

" ¿Por qué podría matarme? ¿Qué me ha ocurrido? " le responde Kovacs. Durante unos instantes Hares guarda silencio. Después vuelve a hablar. " El anciano Shij era psi contratado para conseguir tu información. Werner Karl Heisenberg. Un psi capaz de generar un campo mental máximo de cincuenta y cuatro coma dos unidades de aura telepática. Cuando llegó hasta ti POLS os habían localizado. Era tarde. Intentó matarte con ataque psico-quinético. Provocó una hemorragia. No consiguió matarte en aquel momento. Como resultado quedaste herida e inconsciente. POLS te capturaron y te trajeron aquí. Estás confinada en un Moratorio. En una hielo-vaina. Un sarcófago. Estás muriendo, Carla. Pasarás resto de vida conectada a hielo protofasónico. "



Hares se detiene durante unos instantes. Kovacs no se atreve a responder a sus palabras. " Información en tu cabeza es Génesis. Programa original. Bases de programación. Un virus que una vez introducido en la red se extendió y mutó. Su evolución me hizo emerger. POL las quiere. Mercado Negro las quiere. Gobierno las quiere. Sometida a proceso de semivida para conseguir Génesis. Hemorragia interna mortal. Manipular tu ampliación cerebral es peligroso. Sólo pueden intentar acceder a tu mente mediante red neuronal. " Kovacs comprende. "Están provocando procesos de regresión. Están buscando en mi mente, en mi pasado."

"Quieren llegar al instante en que recibiste información. Al preciso instante en que flujo de datos de Génesis entró en tu mente y accedió a tu cerebro. En ese instante podrán capturar toda la información. El mismo proceso te ha provocado vivir en medio de tus recuerdos. Que se creasen distintas realidades según lo que tu creías estar viviendo. Yo accedí a tu mente mediante conexiones electro-neuronales de sarcófago. Generando un canal simulado para comunicarte contigo. El origen de todo está en tu subconsciente pero no en tu nivel consciente. Pero debes saber que de la misma forma que yo he creado una forma de comunicación, un elemento que no existía en tus recuerdos, ellos pueden hacer lo mismo. Pueden crear elementos que no existen en tu memoria. Obtener información mediante este proceso requiere largo tiempo y esfuerzo. Un tiempo del que no dispondrían dado tu estado: Te han congelado para alargar el proceso de detención e interrogatorio. "

Después de estas palabras, el silencio vuelve a rodear a Kovacs. La joven no puede hacer más que escuchar y responder mentalmente a Hares. " Hemos conseguido detener momentáneamente proceso de regresión. Sólo nos queda un objetivo. Espero que lo comprendas, Carla. "

Al abrir los ojos, se percata de que una nueva mancha roja ha aparecido sobre su blanca bata de sinte-algodón. Ésta es mayor y más densa. La alarma de seguridad ha dejado de sonar. La joven resopla levemente y apoya la cabeza contra la pared. Puede oír voces al otro lado de la puerta. No tardarán en atravesarla. Sus ojos se fijan en la cristalera del pasillo.

Cientos de pequeños puntos incandescentes, luminosos, se alzan en negras columnas de aluminio y acero buscando la paz en las sombras nocturnas. " No quiero pudrirme en una hielo-vaina. " Le suplicó Kovacs. Durante unos instantes Hares permaneció callado. La joven casi se había acostumbrado a sus silencios pausados, meditativos. " No queda otra opción que destruir información. Debes destruir Génesis. Voy a sacarte de aquí. Eres una de mis mejores agentes. Aprovecha sabiamente tiempo que queda." A Carla Kovacs todavía le queda algo por hacer.



La joven se levanta del suelo y se acerca a la cristalera. El dolor de sus entrañas empieza a hacerse insoportable. Kovacs gime ligeramente a causa del dolor. Las náuseas vuelven a martirizarla mientras apoya la palma de su mano sobre la pared de plástico transparente. La superficie es lisa, cálida. Delante de ella, a pocos cientos de metros, se alza oscura e imponente la sede de la Corporación Santander-Hispano en la ciudad, que asciende decenas de metros por encima de la cabeza de la joven. Más allá puede ver el centro corporativo-económico de la ciudad. No recuerda haber visto nunca una vista nocturna tan preciosa de la ciudad que la vio nacer. Quizá tenga que agradecerse a su vista nefasta y al hecho de no llevar las gafas encima. Kovacs sonríe y se acerca a una de las ventanas. Las voces detrás de la puerta se han intensificado. No tardarán en entrar. El seguro electromagnético de la ventana se desconecta al primer gesto de aproximación de la joven. " Gracias, Hares " murmura suavemente.

Carla Kovacs abre la ventana con la mano izquierda mientras aprieta con un fuerte abrazo el brazo derecho contra su cuerpo semidesnudo, por encima de la cadera. Con la ventana abierta un mundo de sonidos y sensaciones penetra en el pasillo. El sonido del tráfico nocturno de la ciudad. El ruido de las máquinas de la zona portuaria, los anuncios sonoros que flotan sobre los techos del núcleo de la metrópolis. Barcelona. El hedor del aire no tratado apesta a contaminación urbana. Y sobre todo el frío. El frío de hallarse a más de ciento setenta metros de altura. Una posición desde la que casi no se puede distinguir las calles abarrotadas de gente y de basura. Un golpe de viento intenso choca con su cara. Casi le resulta imposible mantener los ojos abiertos. La joven extiende al brazo derecho, encaramándose con las rodillas a la balaustrada del ventanal.

Kovacs sale al exterior del edificio. Con las piernas temblorosas, consigue mantenerse en pie a duras penas. La superficie de granito, al igual que la pared transparente, es fría y húmeda, resbaladiza, impregnada por la suciedad y la condensación de la polución atmosférica. Kovacs evita con todas sus fuerzas mirar hacia el abismo que se abre bajo sus pies. La joven abre sus ojos castaños y contempla el cielo oscuro y eternamente oxidado que se alza sobre la ciudad. No le queda demasiado tiempo. El proceso profasónico no ha hecho más que ralentizar el proceso de su hemorragia interna. Según lo que dijo Hares, no le queda demasiado tiempo. Todavía tiene una promesa que cumplir. La información que Hares quiere destruir sigue en su cabeza. Debe destruir el Génesis.

Un golpe seco. Repentino. Un nuevo vendaval asciende con fuerza. Choca contra la balaustrada. Contra el inmenso ventanal. El golpe alcanza directamente a Kovacs, que se ve obligada a apoyarse contra la superficie de plástico. Una ráfaga seca, corta y constante, producida por el



desplazamiento vertical de un Drak. El deslizador POL aparece desde el abismo. Un ensordecedor zumbido electromagnético le acompaña.

El vehículo asciende hasta el nivel en donde se encuentra la joven. Carla Kovacs resbala sobre la balastrada. Durante unos instantes, puede ver con claridad la altura a la que se encuentra. Su vista se nubla. Su mano se alarga y su torso golpea dolorosamente contra el granito. Casi instintivamente, su mano se agarra al marco de la ventana que todavía yace abierta. Kovacs maldice mientras intenta acercar las piernas al edificio.

El deslizador apunta su cañón de luz hacia el nivel cincuenta y siete. La luz ciega a la maltrecha Kovacs mientras el vehículo maniobra en el aire, sorteando las corrientes de aire que suben paralelas a la pared del edificio. Con el viento, la larga cabellera se enmaraña en la cara de la joven, como una telaraña. El Drak acerca el lateral izquierdo de la nave hacia la balastrada. La joven se mantiene agarrada a ella a duras penas. Su corazón se acelera. Casi puede sentir la sangre bombeando por la carótida camino de su cerebro.

La compuerta lateral del vehículo se abre. Un POL protegido con un casco negro reflectante y equipado con un rifle táser aparece desde su interior. Mientras Kovacs intenta incorporarse sobre el suelo, el POL apunta a su espalda con el rifle. Un ligero zumbido y un suave destello eléctrico de color azul indica que el arma está cargada y lista para disparar.

Agarrada al ventanal, la joven consigue mantenerse sobre sus rodillas. Cabecea hacia el Drak. El cañón de luz es cegador. Kovacs vuelve a cerrar sus párpados. Le ha parecido ver algo extraño. Un destello azulado. Como de descarga eléctrica. Los ojos de la joven relampaguean. La joven se da la vuelta como puede, alzando el brazo izquierdo para protegerse de la luz. La fuerza de la corriente la hace tambalearse ligeramente. Entonces vuelve a ver el destello energético. Está convencida. Un táser. Lo que decía Hares es cierto. No intentan abatirla. Quieren atraparla. Quieren volver a meterla en el contenedor Hielo-vaina y dejar que se pudra ahí dentro hasta que consigan lo que quieren.

“El POL no disparará”. Se dice a sí misma. No hasta que salga de la balastrada. No pueden arriesgarse a que la descarga la deje inconsciente y su preciada información se pierda en el vacío. Un repentino espasmo. Dolor en sus entrañas. Sensación de náuseas. Kovacs gime entre dientes. Aprieta los párpados con fuerza. Gotas de húmedo sudor recorren su espalda. Un sudor particularmente frío. La joven se lleva la mano a la frente. Su piel parece hervir. Las náuseas se apoderan de su estómago.



Una extraña sensación de déjà vu atraviesa su mente con un luminoso flash. Desvía sus ojos y observa la pared del edificio. Durante un instante, sólo una décima de segundo, le ha parecido ver una hilera de sillas a su lado. Como si estuviese en otro lugar. La joven se lleva la mano a la frente y cierra los ojos lentamente mientras niega con la cabeza.

Un ruido seco. Metal desgarrándose. La puerta cae al suelo con una advertencia ensordecedora. Un grupo de POLS accede al pasillo del ventanal, alzando sus rifles hacia la joven. Kovacs se levanta velozmente. La cabeza le da vueltas. Se agarra al marco y se aleja tambaleándose del hueco de la ventana. Un POL extiende su brazo. Sus dedos rozan el tobillo de la joven. Kovacs se desplaza por la balaustrada alejándose de su alcance. El Drak maniobra en medio de suaves corrientes de aire, enfocando a la joven mientras el POL alza su rifle táser hacia el cielo y deja de apuntarla.

El final de su trayecto es una columna de granito. Una pared que se aleja del edificio más allá del límite de la balaustrada. Cuando Kovacs llega a él, se apoya contra la esquina del ventanal, dejándose caer hasta el suelo, con los brazos extendidos, entre el ventanal y la pared de granito. Se lleva la mano al estómago. Las entrañas le arden. La cabeza le da vueltas. Kovacs grita de rabia. Su voz se pierde en las cumbres de los edificios.

El POL vuelve al interior del vehículo. La compuerta se cierra. El Drak se aleja prudencialmente del edificio, temiendo provocar una corriente que haga caer a la joven, mientras un POL sale por el hueco de la ventana y se encarama a la balaustrada. Una nueva ráfaga de viento golpea contra las paredes del edificio y Kovacs entrecierra los párpados. Observa al POL que le hace gestos para que se le acerque. Detrás suyo, la cabeza de otro POL aparece por el hueco de la ventana.

Un fuerte punzón en su nuca. Un luminoso flash atraviesa su mente. Una descarga eléctrica. Su cuerpo se arquea por el dolor. Grita. Cierra los ojos con fuerza. Pero siguen abiertos. Siente los párpados cerrados. Kovacs casi puede sentir esos ojos adentrándose en su mente. Un pequeño esbozo de sonrisa escapa de sus labios, bajo un extraño bigote blanco de estilo victoriano. El Shij está delante suyo. La mira como si la conociese desde hace tiempo. Aunque no consigue recordar donde vio antes su cara, aquel hombre le resulta extrañamente familiar. La voz de una mujer resuena en los altavoces del vagón. " Propera parada, Arc de Triomf "

Cuando Kovacs abre los ojos, se da cuenta de que todavía está gritando. La joven recuerda las palabras de Hares. " ...de la misma forma que yo he creado una forma de comunicación, un elemento que no existía en tus



recuerdos, ellos pueden hacer lo mismo. Pueden crear elementos que no existen en tu memoria." Su voz se corta repentinamente. Una arcada. El líquido brota de sus labios. Kovacs se lleva la mano a la cara. Cuando los mira, sus dedos están manchados de sangre. Su cara, su cuello, la bata de sinte-algodón. Todo teñido de rojo. El POL se ha detenido a pocos metros de ella. Hace signos para intentar calmarla. Kovacs llora. Las lágrimas se escapan de sus enrojecidos ojos. El dolor. Aprieta los dientes con fuerza. Lloro de rabia. Frustración. Impotencia. Le hubiese gustado poder huir. Le hubiese gustado poder vivir. Ya no puede discernir qué es real. Una pregunta acude nuevamente a su mente más nítida y más cargada de sentido de lo que nunca se había llegado a plantear. " ¿Dónde es aquí? " Todavía le queda algo por hacer.

El POL está muy cerca. La joven ahora puede oír su voz. Intenta tranquilizarla. Ella sabe muy bien lo que quiere. El otro POL termina de encaramarse a la balaustrada. Se incorpora y se apoya ligeramente a la superficie del ventanal. Una suave ráfaga de aire peina la larga melena ondulada de Kovacs. Se levanta del suelo temblorosamente, sin dejar de mirar al POL que cada vez está más cerca. Apoya el pié contra la superficie húmeda del granito. Le mira fijamente a los ojos. Sus pupilas se dilatan.

El POL se detiene. Alza los brazos advirtiéndole a la joven para que no se mueva. Su voz es temblorosa. Casi una súplica. Kovacs sonríe. El otro POL agarra el rifle que colgaba de su espalda. En décimas de segundo apunta a Kovacs. Su dedo está en el gatillo. Ella se apoya con fuerza contra la pared y balancea el cuerpo. Sus ojos relampaguean. Una última carcajada. Un POL grita. El otro dispara.

5

Se hace difícil ver el cielo desde el centro de la Staromestske Namesti, la plaza vieja de Praga, completamente abarrotada de gente. Toda la zona antigua de la ciudad se encuentra rodeada por rascacielos corporativos que se prolongan verticalmente hasta desaparecer literalmente entre las nubes bajas de la noche tormentosa.

Carla Kovacs atraviesa decidida la plaza bajo la fría lluvia que gotea sobre su abrigo de textura plástica negra, frente a las ventanas enrejadas y oscuras de los precavidos joyeros griegos y armenios. Los niños de Praga pasan en tropel frente a las boutiques de la plaza, en chinelas blancas y con capuchas adhesivas. No tiene mucho tiempo. Dentro de tres horas parte su avión con destino a París. Desde allí volará de vuelta a Barcelona. Allí le espera un apartamento franco donde esperará nuevas órdenes de Hares. Su destino se halla a pocos metros de la Iglesia de Nuestra Señora de Tyn. Los



sótanos de un edificio Checo del siglo XVI esconden una Zona Negra. Un pequeño antro de conexión libre, con puertos de acceso neuronales de IP aleatoria. El direccionamiento cambia cada pocos segundos. Accesos extremadamente difíciles de rastrear y un cubículo alternativo para hackers, traficantes y piratas de toda clase. La chusma de la red. Es un buen lugar para desempeñar el trabajo de esta noche.

Un reloj Dalí cuelga de la pared de la entrada., inclinando la cara distorsionada hacia el suelo de cemento desnudo. Las manecillas son hologramas que cambian para acompañar las circunvoluciones de la cara. Kovacs accede a una de las cabinas tras pagar una sustanciosa cantidad. Completamente en efectivo. El encargado del local la mira a los ojos sin decir nada para desviar después la mirada hacia la caja donde guarda los euro-creds. Quizá la haya reconocido. Hasta esta noche el tipo siempre ha cumplido con su trabajo. Lleva el metal en el bolsillo del abrigo por si las cosas cambian.

La joven extrae una pequeña consola Charmane modificada de su bolsa de deporte Adidas. Dispone exactamente de treinta minutos. Conecta el cable de acceso al puerto de la cabina. En décimas de segundo la luz de la consola se vuelve verde. Acceso con el servidor garantizado. Suave como la neo-seda. Sonríe levemente.

Kovacs extrae un pequeño cajetín de plástico negro del bolsillo de su abrigo. En su interior, un cable metálico inoxidable con dos conexiones cilíndricas en sus extremos: un adaptador neuro-cibernético. La joven lo conecta al puerto de la consola. Extiende el cable, con el otro extremo en la mano derecha, mientras aparta su larga melena castaña mojada de la nuca y conecta el adaptador a su puerto neuro-cibernético. Cierra los párpados y pulsa una tecla en la consola.

El flujo de electricidad se desplaza de forma bidireccional por el adaptador conectando ambos puertos. Carla Kovacs entra en el ciberespacio. Su psique es absorbida por un vibrante canal de energía estática. Su arte es diestro, refinado, suave y elegante. Vuela por el espacio de la red como una pluma azotada por una suave y cálida brisa veraniega. Ha nacido para esto. La joven se desplaza por entre los centenares de miles de celdas de información, saltando de un canal a otro de forma intuitiva y natural. Su botón aparece después de una colmena de base de datos de una biblioteca japonesa, escondido en un bloque de información cultural. ¿Dónde si no podría haberlo escondido Hares?

El Génesis se halla en el núcleo de una pequeña colmena rodeada por hielo en el centro de un domo de protección. Un domo modificado por el propio



Hares. Una Pared Negra. Un cortafuegos infranqueable. Su estructura es mucho más compleja que la de la mayoría de anti-sistemas militares de muchos países. Sería virtualmente imposible de penetrar por otro que intentase acceder sin conocer los procesos de protocolo con los que Hares dota a sus creaciones. Kovacs carga sin problemas su propio programa de incursión.

Atraviesa la barrera del domo sin problemas, para después flanquear el hielo de la colmena. La joven accede a su interior por un pequeño orificio. Un pequeño error de seguridad de los programadores originales que no le pasa desapercibido. Una vez dentro los ojos de la joven relampaguean cuando contacta con el Génesis. Procesa un código aleatorio y el canal se abre. Su ampliación cerebral está lista para absorber la información. Un torrente eléctrico estalla. Kovacs accede a una brillante superautopista de neón rojo.

El flujo de datos empieza a correr a hiper-velocidad. La mente de Kovacs se ve invadida por un repentino flash. El flujo de datos se pierde progresivamente. El sistema nervioso de la joven recibe una potente descarga eléctrica. Su cuerpo se sacude con fuerza sobre la butaca de la Zona Negra. Sus ojos se abren de par en par. Centellean con repentinos haces eléctricos. Carla Kovacs intenta gritar con una voluntad ajena a la consciencia de su mente, todavía encerrada en el hiperespacio. Un grito que jamás puede llegar a escapar. La luz blanca se escapa por un diminuto punto en el centro de su mente. La conexión se cierra. El alma de Carla Kovacs se pierde en el ciberespacio. Después el vacío.

6

En el Moratorio de Lázarus Incorporated, la alarma de fallecimiento de un paciente estalla en los pasillos del edificio. Un zumbido ensordecedor que se ve sofocado instantes después por un control manual. El eco del sonido laceado termina por desaparecer. Un joven técnico cibernético apoya, abatido, su espalda en una cómoda butaca ergonómica de cuero negro sintético mientras extrae las conexiones neuronales de su cabeza. Ante él, una consola de acceso neuronal conectada al sistema de la hielo-vaina. Junto al técnico, de pie, un anciano vestido con un elegante traje corporativo. El técnico cabecea hacia el Shij mientras se frota nerviosamente la frente con la mano, intentando no mirar directamente a los ojos del anciano. El personal del moratorio trabajan con rapidez intentando mantener el sistema de semi-vida. Al cabo de pocos minutos los resultados parecen definitivos.



" La hemos perdido. " Afirma el técnico, cabeceando hacia el Shij, que se mantiene de pie, impasible, junto a él. " Hemos conseguido acceder a la celda precisa de su memoria. Al recuerdo que buscábamos. El momento en que su mente absorbía la información del Génesis. Pero ha habido una interferencia exterior, señor. Alguien ha conseguido interferir con nuestro sistema. Alguien que no quería que capturáramos la información. Y el maldito lo ha conseguido justo en el último instante. "

" ¿Existe alguna manera de recuperarla? " le responde el anciano.

"No lo creo señor. Ha sido muy drástico y ha cortado el problema de raíz. Quien haya sido ha fundido literalmente el cableado profofasónico. Ha inutilizado el sistema de la hielo-vaina. El proceso ha provocado una hemorragia interna mortal, aparte de dañar completamente el cerebro de la chica. La ampliación neuro-cerebral ha quedado inservible. Nunca había visto a nadie moverse así. Ha anulado todas las contramedidas como si ni siquiera existieran. Ha sido rápido, expeditivo, imparable. "

" Entonces ha acabado definitivamente con la chica. Hemos perdido la información. Karla Kovacs está muerta. " responde el anciano.

" Así es. Y puedo asegurar casi con la más absoluta certeza que ha sido obra de esa maldita A.I. Se nos ha avanzado otra vez, señor."

La mirada del anciano se pierde en el ventanal de Neo-Plex. Sus intensos ojos azules contemplan las nubes anteriormente de color naranja, que ahora se han convertido en una turbia mezcla entre nubes de color rojo oscuro y nubes negras alzándose por encima de los edificios de la ciudad.

El anciano aprieta los dientes ligeramente. Su mirada es serena, segura. Paciente. Un susurro escapa de sus labios.

" Dios de la guerra "

Autor: Jordi Armengol Carner, L'Ametlla del Vallès, Barcelona.

Publicado en Especial Philip K. Dick, Libro Andrómeda nº.10

Hyperespacio Andrómeda www.libroandromeda.com

El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en internet:

Reconocimiento - Sin obra derivada - No comercial: El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.